

Una de esas chicas

Inma Miralles

LES
editorial

Primera edición en LES Editorial: diciembre de 2018

© de la obra: Inma Miralles, 2018

© de esta edición: Letras Raras Ediciones, S.L.U., 2018

© de la imagen original de portada: Paul Prescott

LES Editorial pertenece a Letras Raras Ediciones, S.L.U.

www.leseditorial.com

info@leseditorial.com

ISBN: 978-84-949350-1-5

Depósito legal: MU 1240-2018

IBIC: FA, FRD

Impresión: PodiPrint

Impreso en España - *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para mi R. y para E.
Lo nuestro era un Touran,
pero nadie se lo habría creído.
Para la siguiente pillamos el Transit.*

«Una noche me besó en la frente,
mientras conducíamos por la carretera
de la costa, y ahora, vaya a donde vaya,
siento encima de mí, en suspenso como
la espada de Damocles, el beso que jamás
se dará: mi cabeza está predestinada».

En Grand Central Station me senté y lloré
(Elizabeth Smart)

I

—Doce latas de atún en aceite de oliva, salchichas envasadas al vacío, cuatro bolsas de espaguetis, diez litros de cerveza... ¡Dios mío! ¿Te estás preparando para el fin del mundo, Andrea? ¿Has construido un búnker subterráneo o algo por el estilo?

Andrea se incorporó frente a la cinta transportadora, no sin antes comprobar que en el fondo de su cesta de la compra había un chicle fosilizado. Sonrió de mala gana a la cajera —que por motivos inescrutables se llamaba Flor, aunque no contenta con eso se atreviera a adornar su tarjeta de identificación con montones de pegatinas floreadas— y se preguntó por qué había personas que se empeñaban en tratarte con una familiaridad casi jerárquica solo porque les dejaras custodiar a tu gatito mientras hacías la compra. Flor ni siquiera debía de ser mucho mayor que Andrea, pero parecía que el asunto del gato le daba derecho a meter las narices en su vida privada —«Oh, ¿aún no has encontrado trabajo, bonita? Tranquila, todo llegará»—, hacer comentarios jocosos sobre su lista de la compra e incluso cuchichear con la madre de Andrea sobre los problemas que esta parecía tener para conservar una pareja.

—No, de momento mis sismógrafos no han detectado variaciones importantes —contestó Andrea con sorna—. Pero ¿ves ese coche de ahí? —Señaló una furgoneta bastante amplia, de

color azul pastel, que estaba aparcada junto al escaparate principal del supermercado.

—Sí, es el coche de tu madre —sentenció Flor.

Andrea puso los ojos en blanco y soltó un bufido.

—No es el coche de mi madre, ¿vale? Es... es... —titubeó—, es una especie de coche familiar, cualquier miembro de la familia que lo necesite puede utilizarlo. Eso es exactamente lo que es: un coche para todos.

Flor la miró arqueando las cejas, al tiempo que terminaba de embolsar un cepillo de viaje y un diminuto tubo de pasta de dientes.

—Esto no va de mosqueteros, bonita —dijo—. Ese es el coche de tu madre y tú no puedes hacer nada para evitarlo.

Con cara de pocos amigos, Andrea levantó los brazos hacia ella.

—¿Me devuelves a Missy Elliot? Gracias...

Mientras estrechaba a su gata pequeña y lanuda, Andrea intentó colgarse las cinco bolsas repletas de productos impreciosos en una sola muñeca.

—Por cierto, no me has dicho a dónde te vas de viaje —comentó Flor, observando sus infructuosos esfuerzos sin inmutarse.

—Al fin del mundo.

—No te metas en líos...

Andrea salió del supermercado a trompicones y dejó a Missy Elliot en el suelo para depositar las bolsas en el maletero de la furgoneta.

—El momento idóneo para darse cuenta de si una ha descuidado fatalmente sus relaciones sociales es a la hora de hacer un viaje, ¿no crees, Missy? —resolló Andrea, contemplando la mirada acuosa de su gata—. Ahora que tengo un precioso Jumpy azul en perfectas condiciones y demasiadas plazas por ocupar, me pregunto si será posible reformular aquella frase que la tata repetía continuamente... ¡Sí! ¿No te acuerdas? Aquella de «demasiadas bocas para tan poca comida», pero dándole quizá un mayor toque de dramatismo: demasiadas plazas para

tan pocas amigas. ¿Recuerdas con qué tono lo decía? Parecía siempre tan malhumorada...

La gata le devolvió la mirada, estupefacta, antes de empezar a relamerse el pelaje. Andrea observó con abatimiento las bolsas apiladas en el fondo del coche. ¿Y si Flor terminaba teniendo razón y se estaba metiendo en un lío? «A veces —pensó Andrea—, muy de vez en cuando, es necesario plantearse la integridad del personaje que desde el principio de los tiempos una se ha esforzado por vender al mundo: ese de mujer independiente, autotitisecha, intrépida y perfectamente capaz de hacerlo todo por su cuenta y riesgo, incluido un viaje espiritual. Porque un viaje en soledad siempre termina siendo de algún modo espiritual, ¿no? Eso si una no decide pasar al siguiente nivel e integrarse en una cultura desconocida, contraer matrimonio por el rito de turno y acabar batallando contra la tiranía imperante en su anterior existencia, como Kevin Costner junto a los indios o Tom Cruise junto a los samuráis. Pero ¿cuál es la alternativa? ¿Vender las plazas del Jumpy por internet y morir asesinada pocos días antes de regresar por los compañeros pertenecientes a la secta de “No te fiarás de nadie a quien conozcas por internet”? Eso si todo sale bien, porque si sale mal, tocará sufrir las catarsis continuadas de algún pelmazo que al final terminará pidiéndome matrimonio mientras habla del destino que se confabuló para que no tuviera vida social y favorecer así la inmensa fortuna de habernos conocido...».

Andrea siempre solía dialogar consigo misma en los momentos más insospechados —en momentos como aquel, detenida frente a su coche recién convertido en arsenal de víveres, con la mirada perdida a través de los cristales— y por eso su madre la sometió a una serie de pruebas psicológicas cuando aún era una niña para descartar definitivamente el autismo. Pero el destino —ese del que antes hablaba su prometido imaginario— a veces da en el clavo y se conjuró para que, aquella misma tarde, una joven a la que no conocía de nada la saludara por la calle con una efusividad rayana en el histrionismo. Es curioso lo que

sucede cuando una desconocida te saluda, sobre todo cuando en su actitud salta la evidencia de que, efectivamente, ella sí que te conoce a ti. A ti o a una supuesta hermana gemela robada nada más nacer y que, a juzgar por la efusividad del encuentro, le regaló un Ferrari por su cumpleaños. De inmediato se pone en marcha una especie de mecanismo psíquico que ilustra las opciones a seguir: puedes pretender que, en efecto, te acuerdas de su cara y rezar para que diga su nombre antes de que te quedes sin lugares comunes a los que recurrir; puedes fingir que tienes prisa, despedirte cordialmente y dejar a tu hermana gemela en buen lugar; o puedes ser sincera y disculparte por tu memoria de pez, a riesgo de quedar fatal o, en el mejor de los casos, solucionar honradamente el malentendido. La pena es que a tiempo real no tienes la oportunidad de plantearte todo esto, y Andrea se encontró con dos sonoros besos en sus mejillas antes de proferir objeción alguna.

—¡Andrea! —exclamó la desconocida, sujetándola por los hombros y sonriendo con un brillo vesánico en la mirada—. ¡Dios mío, cuánto tiempo!

Al advertir que realmente sabía su nombre, Andrea deseó con fervor haber tenido una hermana gemela a la que achacar el equívoco. Pero ahí estaba ella, ella y la inexorable desconocida, tratando de averiguar alguna evidencia de que en el pasado hubiera tenido una aparición más o menos significativa en su vida. ¿Dónde demonios podría haberse relacionado ella con una rubia artificial de vestido entallado y tacones de quince centímetros? Entonces, quizá por estar al borde de un paroxismo mudo sin que hubiera llegado su hora, sucedió el milagro.

—Oh, vaya, no te acuerdas de mí. —La chica se apartó sin dejar de sonreír, como si a pesar de todo aún hubiera algo que celebrar—. Tranquila, a todo el mundo le pasa: he perdido cuarenta kilos desde que dejamos el instituto. ¿No es maravilloso?

Antes de conseguir ubicarla, Andrea pasó unos segundos bastante estúpidos intentando averiguar si lo maravilloso era su nuevo aspecto o haber pasado los últimos seis años de su vida alimentándose a base de espárragos crudos: se llamaba Iris y la

última imagen que tenía de ella la devolvía tratando de regresar a su sitio después de una exposición en clase. Un recuerdo bastante vulgar si no fuera porque a mitad del camino Iris golpeó el proyector de diapositivas con su descomunal cadera, haciendo que se estrellara contra el suelo: es lo más cerca de una explosión nuclear que Andrea había estado jamás.

—¡Dios mío, Iris, claro que me acuerdo! ¡Estás genial!

La tomó de las manos con fuerza, incapaz de reprimir la gratitud por que hubiera zanjado el asunto de los kilos antes de darle la oportunidad de meter la pata. El motivo de su efusividad estaba bastante claro: no debe de existir mayor regocijo que el de reencontrarte con tus compañeros de instituto cuando la adolescencia ya ha dejado de justificar ciertos «defectos» —tanto físicos como mentales— y la vida empieza a evidenciar si tu nombre está más cerca de la prosperidad normativa o de la decadencia. Para algunos, como Andrea, el sello que dejaron al abandonar la secundaria fue bastante decente —o eso quiere pensar—, y debía de resultarle maravilloso a alguien como Iris restregarle lo bien que le había ido en comparación con ella. A veces, la vida no debería dar segundas oportunidades.

—¡Ay, Andreíta, no exageres! —Rio, saboreando su victoria—. ¿Sabes?, es increíble que me haya encontrado contigo hoy. Precisamente el otro día estuve tomando café con Paula y algunas amigas más. Te acuerdas de Paula, ¿no? Hubo un tiempo en que parecíais inseparables.

Lo que a Andrea le resultó increíble fue que una opinión aislada de alguien con quien había topado de manera fortuita lograra remover las placas tectónicas de su pasado: Andrea jamás habría dicho que Paula y ella fueron inseparables. ¿Inseparables, así era como se las veía desde fuera? ¿O se trataba de una licencia poética de la imaginación de Iris? Es cierto que su amistad fue algo bastante insólito, teniendo en cuenta que Paula era la jefa del cotarro y Andrea una friki pseudointelectual de la última fila, literalmente, pero sucedió y es cobarde no encarar los hechos. Para aquellos cuyo imaginario de popularidad escolar femenina incluía a una preciosa líder de animadoras que siempre

sale con el guapetón de turno y saca unas notas excelentes, se quedan alarmantemente cortos. Paula era todo eso, incluyendo el toque americano, pero también era algo más. La popularidad parecía algo innato en ella del mismo modo en que el talento es innato en un artista: tenía todo lo necesario para ser una estrella y aun así Andrea recordaba varias ocasiones en las que pensó que nunca había conocido a nadie más triste. Con ínfulas de vencedora, sí, pero con ese aire inequívoco de vacío que delata cierta insatisfacción. Si hay algo que Andrea tenía claro es que para estar insatisfecho has de poseer algún tipo de profundidad moral, íntima o espiritual, y quizá fue eso lo que le atrajo de ella. Si Paula la escogió, probablemente fue para aportar cierta sofisticación filosófica a su imagen, y, sin embargo, Andrea recordaba que estuvieron bastante unidas durante gran parte del último curso. Recordaba también que Paula tenía un sentido del humor despiadado, pero era incapaz de acordarse de cómo y por qué acabó todo, y eso era extraño teniendo en cuenta su afición a rememorar finales trágicos. Tal vez terminara como empezó: de un modo inexplicable, progresivo y silencioso.

—¿Y qué tal está? —preguntó Andrea, sorprendida por la autenticidad de su interés.

—Oh, joder, está más guapa que nunca. —Iris puso los ojos en blanco, mitad admiración mitad envidia—. De hecho, creo que te mencionó en algún momento... pero no, es más que posible que me lo esté inventando. Bueno, en todo caso me alegro mucho de haberte visto.

Mientras Iris se inclinaba para despedirse con un beso muy similar al de la muerte, Andrea tuvo un impulso de lo más titubeante y absurdo.

—Eh, perdona, ¿te importaría darme su teléfono?

Si Andrea hubiera sido algún maromo de 1.90, seguro que se lo habría negado en el acto, tratando de acaparar todo el botín. Pero teniendo en cuenta su desaliño —más en cuenta incluso que su sexo— no se la podía considerar una amenaza, e Iris se lo dio tras marcarse algún que otro amago de mejor amiga incapaz de traicionar.

Mientras regresaba por fin a casa, Andrea apretaba el papelito en el interior de su puño como si se tratase de la fórmula que evitaría la extinción de la especie. Aquella misma noche decidió pasar por alto todo el posible listado de acusaciones, desde consumada oportunista hasta patética desesperada, y escribió un wasap a Paula con la propuesta de verse al día siguiente en la cafetería donde solían quedar. Por supuesto no tuvo la osadía de esperar respuesta alguna, y es que a pesar de los años transcurridos no había olvidado cuál era el procedimiento al intentar citarse con ella: tú escribías la hora y el lugar y al día siguiente te presentabas; si tenías la fortuna de encontrarla allí, es que efectivamente había aceptado. Por suerte, el tiempo y la experiencia le habían enseñado a armarse contra la desfachatez ajena, y no se durmió hasta haber trazado un sibilino plan B.

Paula, por muy novelesco que pueda sonar, tenía una némesis. Quienes hayan convivido cierto tiempo con algún grupo de adolescentes sabrán a qué me refiero. Si ponías a una de ellas delante de un espejo, en el reverso, siempre a la sombra, estaría la otra. En este caso la antagonista se llamaba Victoria y era la heroína de los que iban a contracorriente. A saber: aquellos que consideraban la persecución del éxito como una forma de esclavitud occidental, una estrategia de los magnates sin rostro para tenernos ocupados y así hacerse con el control de nuestras vidas. De haber poseído don de gentes, Victoria podría haber destronado con facilidad a Paula, pero para desgracia suya era profundamente impopular: del mismo modo que Paula parecía haber nacido para brillar, Victoria inquietaba al resto casi sin pretenderlo, con sus profundos ojos negros, tan escrutadora y callada. Para cosechar afectos siempre se ha de mostrar flexibilidad a la hora de adaptarse, y eso era algo que Victoria parecía íntimamente incapaz de hacer. Quizá por eso Andrea desarrolló hacia ella cierta simpatía admirada que, a diferencia del resto, no tenía nada de compasiva. Cuando al día siguiente se presentó en su casa, albergaba la absoluta certeza de que no se acordaría de ella. Sería como su reencuentro del día anterior con Iris, solo

que en este caso el «antes y después» resultaría absolutamente nefasto.

Fue ella misma quien abrió la puerta.

—¡Hola! —saludó Andrea, agitando la mano de un modo absurdo, como si estuviera muy lejos de allí.

Por un instante experimentó lo mismo que debe de sentir un vendedor ambulante al visitar un hogar desconocido con el producto escondido en el interior de su chaqueta. Tuvo el ridículo impulso de salir corriendo, disculpándose sin cesar por haber olvidado el magnífico, a la par que económico, expositor que pretendía mostrarle. «¿Qué tiene que ver un vendedor ambulante con un funambulista o un sonámbulo?». Andrea no tenía ni idea, pero preguntas como esa cruzaban su mente cuando se ponía tan nerviosa que casi no podía ni respirar. Victoria estaba allí, algo más alta, más esbelta que como la recordaba. El mismo cabello negro y lacio le caía por los hombros, pero de su rostro había desaparecido esa mueca ligeramente caballuna que mostró durante todos los tensos años de instituto. En cambio, a Andrea le sorprendió ver que su indumentaria no había variado ni un ápice: seguía llevando el mismo tipo de blusa blanca y la misma clase de vaquero sencillo con que procuró pasar desapercibida en su adolescencia, y se preguntó si habría permanecido así todos esos años, esperando a que alguien llamara a su puerta y la despertase de su letargo.

—Andrea —murmuró Victoria, esbozando un conato de sonrisa.

El alivio de que efectivamente la recordara quedó eclipsado de súbito por los brazos de Victoria abalanzándose hacia su cuello, en un intento inesperado de atraerla hacia sí. En otro tiempo algo semejante habría resultado imposible, y Andrea no pudo menos que alegrarse de que su famosa frialdad se hubiera suavizado en cierto modo.

—Pasa —dijo Victoria entonces, invitando a Andrea a seguirla.

La casa era exactamente como Andrea la recordaba: en el recibidor, sempiternamente oscuro, un atril de volutas inexplicables se alzaba para sostener una Biblia con el lomo ornamentado

con hilo de oro. Detrás estaba la cómoda, bastante austera en comparación, y sobre ella un espejo antiguo y un mosaico multicolor que sin duda representaba algún icono religioso bastante difícil de identificar. Después atravesaron el largo pasillo, a cuyos flancos las puertas siempre permanecían cerradas, excepto la de la cocina, que se encontraba al final del todo. Una vez allí, Victoria se dirigió sin proferir comentario alguno hacia la contigua salita de estar, tan inmutable que Andrea estuvo a punto de gritar que había dos niños pequeños y en pijama desayunando tostadas en la mesa de su cocina. Entonces, como si le hubiera leído la mente, Victoria se giró sonriendo hacia ella.

—Oh, no sé si recuerdas a mis hermanos —dijo—. Este es Pablo y este es Raúl, y voy a tener que regañarles por no haberse vestido cuando se lo he dicho. Bueno, ¿vais a quedaros ahí como pasmarotes o vais a saludar a nuestra invitada?

Los dos niños, que no debían de superar ni los diez años, se levantaron trabajosamente de sus sillas y miraron a Andrea con reverencia.

—Hola, Andrea —susurraron casi al unísono.

¡Pero bueno! ¿Ellos también se acordaban de ella? Nunca en toda su vida había estado tan segura de pertenecer a ese grupo de personas que tanto solía criticar, tan egocéntricas, tan desapegadas, tan atareadas con sus asuntos mundanos que no tardaban demasiado en olvidar a quienes en otro tiempo formaron parte significativa de sus vidas. ¡Claro que se acordaba de Victoria, y de Pablo y de Raúl! Atesoraba infinidad de recuerdos que los incluían, pero era como si en un momento absolutamente arbitrario, sin saber cómo ni por qué, hubiera abandonado el sendero que entrelazaba sus vidas sin prestar demasiada atención a lo que estaba haciendo. Quizá pensó que su ausencia sería solo temporal, que en cualquier momento podría regresar, pero el caso es que no lo había hecho: no, al menos, hasta ese día. De repente Andrea quiso arrojarse al suelo de rodillas y confesarles a aquellos niños que, después de tanto tiempo, solo había vuelto para arrebatárselos a su hermana. ¿Y por qué? ¿Por qué precisamente a ella? ¿Para asegurarse alguna compañía en

un viaje cada vez más incierto? Lo que estaba haciendo era demasiado vulgar, demasiado interesado: al fin y al cabo, Victoria ni siquiera había sido su primera opción, solo fruto de un temor reminiscente a que Paula le fallara. ¿Qué diría si lo supiera, si tuviera el valor de confesárselo?

—Venga, acabaos el desayuno —la voz de Victoria interrumpió su repentino ataque de culpabilidad—. ¿Vienes, Andrea?

Victoria la acompañó hasta la salita y después volvió a la cocina, asegurando que pronto regresaría con dos tazas de café bien caliente. Como el resto de la casa, aquel espacio también le resultó familiar de un modo casi onírico, muy poco consciente: todo parecía haber sido usurpado de una memoria que no le pertenecía del todo, como en una regresión se recuperan detalles de una vida anterior. Extrañamente conmovida, casi a regañadientes, Andrea se sentó en una butaca verde oscura cuyo tacto se asemejaba al del musgo. La atmósfera tenía algo de privacidad femenina, pero no del todo legítima: todas las cortinas estaban cerradas y la amplitud no era en absoluto la ideal, como si alguien se hubiera conformado con poseer el espacio sobrante, ni demasiado grande como para resultar útil ni demasiado pequeño como para ignorarlo, pero sin renunciar a cierta culpabilidad, a cierta conciencia de que los asuntos tratados allí serían nimios y en algún sentido frívolos. ¿Acaso era frívolo permitirse poseer un cuarto de uso exclusivo? Aquello era muy típico de Victoria: como si en las antiguas salitas de té no se hubieran planeado rebeliones ni derrocado tiranos. Pero ella siempre había desdeñado lo doméstico, quizá porque en su fuero interno creía que la vigilancia de sus padres —incluso su exigencia— habría menguado mucho de haber nacido varón. Andrea sonrió, recordando las acaloradas discusiones que una vez mantuvieron acerca de las ventajas y desventajas de ser mujer, y la sobrecojió una nueva punzada de culpa.

En las paredes desnudas, de tonalidad cremosa, había un único cuadro de punto de cruz obra de la propia Victoria: representaba un pequeño velero alzado sobre cuatro olas azules de

curvas sinuosas. La estantería tampoco tenía espacio para demasiados libros, aunque uno de ellos era el —a juicio de Andrea— extravagante y antaño criticado sin piedad *Manual de Protocolo*, por el que Victoria manifestaba una insólita reverencia.

—Sigues tan soñadora como siempre, ¿no? —Victoria entró en la salita, portando una humeante taza en cada mano—. Te he estado observando un rato desde la puerta y continúas emboándote con el cuadro del velero como si no lo hubieras visto un millón de veces.

Andrea volvió a sonreír, palpando con cuidado la porcelana hirviente que Victoria le ofrecía. A alguien tan realista, tan comprometido como ella, Andrea podía resultarle entrañable al modo de un osito de peluche al que se achucha y se zarandea, pero al que se considera intrínsecamente incapaz de servir para algo que no sea figurar: sus opiniones siempre fueron demasiado laxas, demasiado utópicas comparadas con las de ella.

—Bueno... —musitó Andrea, sin saber muy bien qué decir.

Se había presentado en su casa después de tantos años sin siquiera prepararse un discurso que justificara o, al menos, diera sentido a su propósito. *Hola, llevas un montón de años sin saber nada de mí, pero he pensado que te necesito para que el viaje que pretendo llevar a cabo se convierta en algo ocioso y no me cambie demasiado la vida.* ¿Era todo tan absurdo, tan pretencioso como sonaba en su cabeza?

—Si has venido a disculparte, debo decir que ya no es necesario. El tiempo lo cura todo, ¿no es eso lo que dicen?

Cuando uno se niega a encarar sus faltas en el instante que las comete, es vergonzoso, pero si confía en que el tiempo le redima y el efecto es absolutamente el contrario, además de vergonzoso resulta bastante humillante. Entonces es cuando aparece esa especie de orgullo a todas luces infantil de pretender salvaguardar el propio ego incluso a costa del de los demás. Andrea comprendió todo esto *a posteriori*, porque en ese momento solo fue capaz de abastecer su defensa regodeándose en la razón que había resultado tener el mundo a la hora de desdeñar a Victoria. Era una persona fría, de humores

imprevisibles, no sabía relacionarse. Daba una importancia desmesurada a asuntos que los demás no tardaban demasiado en olvidar, pretendiendo que las pocas relaciones que tenía trascendieran esa normalidad, ese intercambio casi igualitario de afecto y desengaños que el resto parecía alcanzar con facilidad. ¿No era eso lo que hacían todos, tener conflictos para poder subsanarlos? ¿No era esa la esencia de la amistad? Pero el criterio de Victoria era excesivamente rudo, y su experiencia social muy poco variada como para intentar comportarse como los demás. Resultaba patético evidenciar que te habías pasado años dándole vueltas a los asuntos de otros, precisamente por no tener suficiente material para prodigarte en los propios. Una parte de esa avalancha de crítica muda debió de revelarse en los ojos de Andrea, porque Victoria no tardó en levantarse, visiblemente azorada, para fingir un empeño absurdo por reubicar el cuadro del velero.

—No sé por qué escogí coser un velero —murmuró, dándole la espalda—. Una idea bastante estúpida teniendo en cuenta lo lejos que estamos del mar.

La razón de su ruptura había sido, además de muy poco original, la más antigua de la historia. ¿Cuántas mujeres no habían estrechado lazos que parecían irreductibles durante su adolescencia, para verlos esfumarse en cuanto una de ellas se casaba? Bueno, era obvio que Andrea no se había casado, pero sí comenzó a salir con el primer hombre de su vida poco después de entrar en la universidad: demasiado precio pagado para tanto patán.

—Escucha, Victoria —dijo, empezando a comprender la magnitud de su vergüenza—. Me arrepiento mucho de todo lo que pasó, pero he venido a proponerte algo que tal vez nos dé una segunda oportunidad.

Victoria se volvió hacia ella, con el ceño fruncido y media sonrisa dibujada en la cara. El sentido de la oportunidad siempre había sido legendario en Andrea y, llegadas a ese punto, fue ella la que se planteó si era necesario acudir a la cita que había concertado esa misma tarde con Paula. ¿No era un poco

descabellado intentar reunir las a las dos, no se arriesgaba a perderlas a ambas?

Pero la curiosidad de si Paula acudiría al café era demasiado intensa, demasiado morbosa como para pasarla por alto. Así que allí se presentó, un poco menos puntual que de costumbre, con la baza de Victoria bien escondida en la manga.